



CAPÍTULO XI.

El primer misterio glorioso: La Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo.

I.

CONTEMPLA el cuerpo muerto del ajusticiado Jesús, metido en un sepulcro nuevo, que un buen amigo le prestó para ser enterrado; y el alma entre tanto bajando al lugar donde estaban detenidas las almas de los justos, esperando la hora ya cumplida de su redencion. Mas el purísimo cuerpo del Redentor del mundo no debia ser pasto de la corrupcion, antes bien sufrir una transformacion gloriosísima, revestirse de luz y claridad; porque si el mun-

do está vestido de magnificencia, sólo para manifestacion de quien es el Dios, al cual sirve de peana de los piés, ¿cómo no brillará con esplendorosos rayos aquella carne purísima, que por dignacion divina ha venido á ser carne del mismo Dios? Oye como explica tan excelso misterio el más elocuente de los que en España han explicado el santísimo Rosario, el venerable Padre Maestro fray Luis de Granada, de la Orden de nuestro Padre santo Domingo (1). «Estaba el santo Cuerpo en el sepulcro con aquella lastimosa figura con que lo habia dejado la sacratísima ánima, tendido en la losa fria, amortajado y cubierto su rostro con un sudario, descoyuntados todos sus miembros. Era ya más de la media noche, y quiso el Sol de justicia anticipar al de la mañana, y tomarle en este camino la delantera. En esta tan dichosa hora entró aquella gloriosa ánima en aquel cuerpo santísimo; ¿y qué tal le volvió? No puede esto explicarse; mas algo se puede entender por un ejemplo. Acontece estar una nube oscura en la parte del Poniente al tiempo que el sol se va á poner; el cual to-

(1) Sermon de la fiesta de la Resurreccion del Señor.

mándola delante é hiriéndola con sus rayos, la pone tan dorada, que compite con él en hermosura. Pues así despues que aquella ánima gloriosa se invistió en aquel santo Cuerpo, todas sus tinieblas convirtió en luz, y toda su fealdad en hermosura, y del más afeado de todos los cuerpos hizo el más claro y hermoso. De esta manera salió el Señor del sepulcro, todo ya perfectamente glorioso, como primogénito de los muertos, dechado de nuestra resurreccion.»

La resurreccion gloriosa de Cristo fué anunciada por medio de un fortísimo ruido ó terremoto, que fué como el saludo de la tierra á su generoso Libertador. Los guardas que los judíos habian puesto para guardar el sepulcro, quedan azorados y como muertos al repentino trueno y á los rayos de luz y gloria con que ven circuído el cuerpo de Jesús; y los infernales espíritus, enemigos del Señor, poseídos de una furiosa envidia contra los hombres á quienes ven rescatados y levantados á la dignidad de hijos de Dios, con la muerte y resurreccion de Cristo, lanzan rugidos de desesperacion al contemplar al divino Vencedor, que vino á destruir su imperio. No tardó nuestro resucitado

Dueño en hacer conocedores de su resurreccion y partícipes de la gloria de la misma, á los contados amigos que tenia en la tierra antes de su muerte. Aparecióse primero á su amantísima Madre; y ¿quién podrá explicar los torrentes de alegría que inundaron el corazon de aquella hasta entonces desolada Señora? Porque á la medida que son los dolores que el hombre pasa por Dios, así son despues las felicidades; y siendo María la que más participó del sacrificio del Hijo, hasta el punto de poder ser considerada con Él una conjunta víctima, debia ser tambien la que más participase del triunfo. Mira, pues, aquella marchita flor celestial, decaída con la muerte y la separacion corporal de su Hijo, reanimarse á los rayos del Sol de justicia, que sobre ella envía los primerizos rayos de su gloria; acércate á ella para darle la más cabal enhorabuena, y procura participar de los inefables sentimientos de su corazon ante este paso de la Resurreccion de Cristo.

Aprende en este misterio una profunda leccion de la Sabiduría divina. Aquí verás claramente como el que busca encuentra; de manera, que la diligencia en buscar á Dios es signo seguro de encontrarle. Ma-

ría Magdalena, agujoneada por el vivísimo amor que sentía por nuestro Señor Jesucristo, vigiló desde las primeras horas de la madrugada, é instigada por un deseo irresistible, acompañada de otras piadosas mujeres, se dirigió hácia el lugar del sepulcro. Esperaba que si no podía ver á su dulce Dueño, á lo menos contemplaría la sepultura en que yacía. Llegan á aquel lugar y encuentran vacía la sepultura, la lápida revuelta y un ángel que les comunicó la nueva de la resurrección. Entran ellas y registran el sepulcro; y al salir se les presenta el Señor resucitado que con cariño las saluda; ellas se arrojan á sus piés llenándole de besos, y le adoran con la más profunda humildad. Aquí tienes bien generosamente pagada la diligencia de estas santas mujeres en buscar á Cristo; no es este Señor ingrato, y cualquier paso que hagas para aproximarte á Él, todo trabajo que emplees para conocerle mejor, todo esfuerzo para activar tu torpe corazón y excitarle á amar su invisible hermosura, será correspondido levantando á lo menos una punta de aquel espeso velo, que oculta su gloria á los ojos de los mortales.

II.

Es este misterio de la Resurrección el fundamental de la Religión cristiana; es el apoyo de nuestra fe, el fomento de nuestra esperanza y el pábulo de nuestra caridad. El día de la Resurrección es verdaderamente el día del Señor; por esto la Iglesia, divinamente inspirada, en esta fiesta, entre el alegre cántico del *Alleluia*, exclama muchas veces: *Hæc est dies quam fecit Dominus, exultemus et lætemur in ea*: Este es el día que hizo el Señor, alegrémonos y regocijémonos en él. Es en realidad el día del Señor, porque en este misterio todo es divino; en los otros al lado de la luz divina hay siempre la sombra humana; el pecado persigue á Cristo desde que nace hasta que muere, y arroja sobre la divina persona del Señor su maléfico alito. Pero en la Resurrección ya el pecado queda destruído, y el triunfo completo de la gracia hace desaparecer toda suerte de oscuridades. Y porque en este misterio todo es divino, la Religión lo proclama su principio fundamental. ¿Por ventura nosotros resuci-

tariamos si Cristo no hubiese resucitado? Y toda la vida humana, y todos los deberes y prácticas que nos ordena nuestra santa Religion, y aún todas las aspiraciones nobles de nuestra naturaleza se dirigen á la vida venidera, á la vida incorruptible é interminable, que ha de venir á la terminacion de esta nuestra mísera peregrinacion por sobre la tierra. Mira, pues, en la resurreccion de Cristo, el ejemplar y modelo de tu propia resurreccion. Si Cristo resucitó por sí mismo, Cristo era Dios; y si era Dios, su palabra verdadera, sus preceptos obligatorios y sus promesas eficaces, en una palabra, la Religion por El fundada, es divina y por tanto garantía segura de salvacion para quien debidamente la profesa. No se te hará ningun misterio difícil si tienes la fe de la resurreccion, porque no hay dificultad mayor que la de resucitar lo muerto; luego si Cristo pudo resucitarse á sí mismo, pudo dejarse, y puede estar de una manera para tí no comprendida, porque aún vives bajo la opresion de la carne, en la hostia consagrada; Cristo pudo ser Dios y hombre, y la Virgen pudo concebirle puramente en sus entrañas sin concurso de varon, sólo por virtud y

gracia del Espiritu Santo. Mira, pues, como alumbra todos los misterios de la fe cristiana este misterio de la Resurreccion de Cristo, y al mismo tiempo considera que es tan evidente, que del mismo dan testimonio centenares de personas que lo vieron, y hasta los mismos soldados que guardaban el sepulcro, enemigos jurados de Cristo y su doctrina.

III.

Ríndete, pues, amorosamente á la evidencia de la resurreccion de Cristo, y no seas del linaje de los incrédulos que, como el apóstol santo Tomás, dan más valor á sus flacos y engañosos ojos que á la infalible palabra de Dios. ¿Por ventura la palabra de Dios, la palabra del divino Maestro Jesús, necesita de algun corroborante de su veracidad? ¿No es insultar á Dios, que es la misma verdad por esencia, poner en tela de juicio las verdades que Él mismo, con su propia boca nos enseña? ¿No es soberbia repugnante y al propio tiempo necia, sujetar la palabra divina al exámen de la criatura humana? ¿No es hacer á Dios súbdito del hombre

el sujetar á pruebas lo que Él, en su bondad infinita, ha querido enseñarnos? Tuvo esta exorbitante pretension el discípulo Tomás, incrédulo en gran manera á la palabra de Cristo, que habia dicho: «Despues de tres dias resucitaré;» el Señor por un libre acto de su infinita caridad compadeciósse de Tomás, y condescendió con su ingrata exigencia, pero al mismo tiempo pronunció aquellas palabras que humillaron hasta los suelos al endurecido Apóstol, y colman de suavísimo consuelo á los fieles y humildes seguidores de la Ley cristiana: «Porque me has visto, Tomás, has creído; pero bienaventurados aquellos que creerán sin haberme visto (1).»

Sí, alma mia, bienaventurada si creyeres la palabra de Dios, entonces se cumplirán en tí las grandezas que Cristo prometió á los que siguiesen su doctrina; entonces, en recompensa de tu humildad, te descubrirá sus secretos inefables que permanecen ocultos á los ojos de los prudentes y sabios del mundo; entonces con la fe, aunque ni siquiera conozcas los elementos de las ciencias hu-

(1) Joan. xx, 29.

manas, obtendrás un profundo y luminoso conocimiento de esta sublime filosofía que Cristo vino á enseñar á los hombres, y con el auxilio de la cual andarás sin tropiezo los caminos de la vida, gozarás de la luz de la verdad que evidencia los secretos de la vida presente y de la futura, y al último te abrirá las puertas del reino de los cielos.

